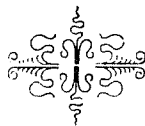


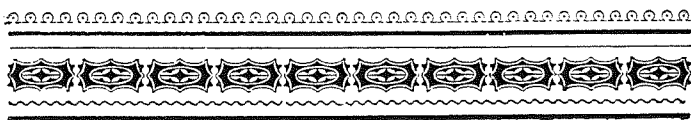
MARIA BARBEITO Y CERVINO

Mejor ambiente educativo
y condiciones que deben integrarlo

CONFERENCIA PRONUN-
CIADA EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO (ESTABLECIDO EN LA REUNIÓN DE ARTESANOS) EN SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EL 31 DE DICIEMBRE DE 1907.



LA CORUÑA
IMP. DE LA VIUDA É HIJOS DE BRAÑAS
1909



TEMA

*Mejor ambiente educativo
y condiciones que deben in-
tegrarlo.*

Señores:



E científicas y literarias han sido calificadas las conferencias que en esta culta sociedad, por iniciativa de su meritísimo Presidente y patrocinadas por el Ateneo á que me honro en pertenecer, se inauguraron en fecha reciente y de brillante modo: siento verme obligada á anticipar que ni ciencia ni literatura encontrareis en la de hoy, erróneamente confiada á mi insignificancia. Podría ahorrarle el rubor de confesarlo, toda vez que la misma observación será hecha por los ilustrados concurrentes á este acto; pero, sobre ser las decepciones esperadas menos sentidas—y yo debo aminorar la vuestra—busco en mi sinceridad disminución á la pena merecida por exceso de audacia.

Ninguna autoridad me acompaña; fáltame la de la ciencia de difícil adquisición para mí por causas personales unas, y otras hijas del medio en que vivo; no tuve tiempo aún para sustituirla por la importante fuente de conocimiento que se llama experiencia; mi único campo de observación es el limitado por las paredes de una escuela, bastante, sí, para enriquecer de ideas una inteligencia superior, ya que cada escuela es un mundo pequeño, pero insuficiente á una medianía —y digo medianía juzgándome piadosamente— que además se vé privada de ejercitar la reflexión por el activísimo trabajo y diligente cuidado que demanda la dirección de cerca de doscientos niños.

Viene á aumentar mi confusión en estos momentos la circunstancia de estar aún tan fresco el recuerdo de los notabilísimos discursos que seguramente habreis saboreado todos: el de la señora Pardo Bazán, nuestra mil veces ilustre presidente honoraria, figura colosal que haría palidecer la de personalidades verdaderamente distinguidas, cuanto más la mía microscópica, y el de la muy inteligente Directora de nuestra Escuela Normal, y legítima gloria del profesorado español, señorita Mercedes Tella: discursos ahitos de luminosas ideas expresadas en forma escultural.

Ni una ni otra cosa soy capaz de ofrecer y dos solas razones puedo alegar en descargo de haceros perder una hora oyendo vulgaridades mal dichas: una es la poderosísima de obediencia á repetidas afectuosas solicitudes de mi distinguido buen amigo D. Luciano Marchesi, en buen hora elegido para regir los destinos de la popular sociedad que nos alberga y á quien debo honda gratitud por el derroche de generosidad con que acaba de juzgarme; la otra tiene visos de abnegación y se basa en el deseo de que el ejemplo de mi osadía poco afortunada, sacuda la timidez de quienes, teniendo merecimientos sobrados para ello, duden por excesiva modestia en ocupar este puesto que hoy usurpo.

Y llena de esperanza en vuestro perdón que solicito-divagaré un rato sobre: *Mejor ambiente educativo*

y condiciones que deben integrarlo, tomando las cuestiones desde el punto de vista práctico, único á mi alcance, ya que en el terreno de las teorías y de las abstracciones tendria que caminar á obscuras.

Los derechos de la paternidad llevan anejos deberes sacratisimos y uno de los más indeclinables es el de la educación. Pero, ó por insuficiencia de cultura, ó por imposibilidad de destinar á esta tarea el tiempo necesario á otras exigencias de la vida, ó por carencia de energía en la voluntad para aceptar las espinas de una labor intensa y continuada, pocos padres se hallan en condiciones de cumplir el más grato de sus deberes, y precisan por consiguiente, un mandatario: el maestro. La educación completa por los padres no pasa de ser un bello ideal: por mucha cultura que posean siempre carecerán necesariamente de la experiencia nacida del constante ejercicio en la función de educar. Tienen que hacer ensayos con cada uno de sus hijos, ensayos que pueden resultar equivocados inutilizando ó convirtiendo en perjudicial su obra; el maestro, por el contrario, dispone de más extenso campo en que probar, posee en favor de cada discípulo un arsenal de datos ilustradores, procedentes de sus anteriores educandos. En su amor á ellos es la razón quien domina, la inteligencia quien dirige, no el apasionamiento ni el instinto.

La eficacia en su labor agiganta de tal modo la figura del maestro, que resiste ventajosamente un parangón con la del padre que no toma parte directa en el perfeccionamiento de sus hijos: éste dió al individuo la vida material, aquel le infunde la del espíritu y la del corazón que son más nobles: el padre se sacrifica y recoge en cambio amor, obediencia, cuidados; se afana el maestro, llena su existencia de ansias y abnegación, para verse en su ocaso abandonado de aquellos que le deben todo. Se dirá por algunos: no hay mérito en un trabajo que se paga, pero es que hay

parte de labor en el maestro que no se paga nunca. Podrá tasarse quizás la instrucción que comunica, ya que los conocimientos tienen un valor determinado en ciertos casos, pero ¿en cuánto hemos de cotizar el poder de inteligencia adquirido, la nobleza de sentimientos inspirada, la salud y robustez del cuerpo que le son debidas? Por otra parte, mezquina paga, y hablo de nuestro país, quimérica recompensa la que se le otorga: empieza por serlo la retribución material, impalpable en fuerza de reducida; humo sus aspiraciones justas de consideración social, sueño que pronto se desvanece el amor de sus discípulos, ilusión el agradecimiento de los padres, mentira todo lo que no sea recuerdo alegre de haber obrado el bien. Y para merecer tan espléndido premio, una labor de todos los días y de todas horas, una responsabilidad enorme, aplastante, un doloroso temor de no acertar que no le permite el descanso de su tarea diaria sin poder decir estas palabras, leídas no recuerdo donde: *«Hoy he llevado una idea nueva, he despertado un sentimiento noble, he corregido un defecto, he derramado una buena semilla en el alma de un niño»*.

En tres esferas distintas puede considerarse la educación del niño: la recibida del medio social en que vive, y que en cierto modo puede llamarse auto-educación, es decir, educación del individuo por sí mismo, ya que éste ha de asimilarse lo que crea utilizable para su provecho; la doméstica, muy importante, pero excesivamente limitada y de rumbo incierto; la escolar, la educación por excelencia por su carácter de generalidad y de obediencia á un fin determinado. No hablo del internado en grandes colegios por considerar la educación que se da en ellos como la más falsa, destructora de la vida de familia y nula preparación para la social. Sólo tiene la ventaja de evitar á los padres todo cuidado mientras dura, descanso que pagan bien caro en amor de sus hijos. Dejando á un lado la social por falta de constancia en su acción, veamos, por cual de las otras nos decidimos después de estudiarlas ligeramente.

¿Qué atmósfera conviene más para que la educación obtenga sus fines, la del hogar ó la de la escuela? Para los humildes no precisa discusión este punto, ya que la falta de medios económicos hace imposible la educación en familia; para los que tienen á su arbitrio la elección pretenderemos demostrar que si la educación bien dirigida es siempre beneficiosa, lo es doblemente realizada en común.

El niño educado aisladamente absorbe, claro está, toda la atención del encargado de dirigirle y por efecto de ésto saldrán gananciosos su entendimiento y su parte física; pero en cuanto á su sér moral no alcanzará jamás la perfección: la falta de compañeros en quienes colocar la ternura que solamente la familia no basta á satisfacer, lo hará egoísta y de corazón seco; la carencia de expansión en trato con sus iguales en edad, le darán carácter huraño y tosco; la posesión de conocimientos en que ni siquiera barrunta rivales, le llenará de soberbia; por no tener el estímulo de la emulación se tornará perezoso; por desconocimiento de hombres y cosas cuando entre en sociedad se verá desorientado y aturdido, expuesto á tratar despreciativamente á sus semejantes si se le infundió desconfianza hácia ellos, ó á horrorizarse de sus menores defectos si se le pintaron como dechados de perfección; y á costa de muchos dolores, de muchas amarguras, irá aprendiendo demasiado tarde que en todo humano hay mezcla de santidad y perversión, y que la ciencia del vivir está precisamente en conocerlo y aprovechar el conocimiento.

Dos caracteres dominan en la educación doméstica que son dos equivocaciones lamentables: el de una extremada debilidad con el educando, engendradora de temperamentos caprichosos, tercios, despóticos; y el de una tiranía cruel, también se dan casos, infundiendo la abulia, esa terrible enfermedad tan general y tan difícil de curar si obedece á un plan preconcebido para producirla. Hay algo aun peor que esos dos extremos y es la alternativa de ellos, el pase frecuente é inmotivado de uno á otro: desdichado de

quien esté sometido á tales cambios que su entendimiento no explica pero cuyas consecuencias sufre. Su vida será una vacilación continua, llegará el desequilibrio á fuerza de lucha, y se habrá hecho de un sér racional y libre un juguete de las propias pasiones y una victima de sus semejantes.

Apartándonos de las excepciones, yo sé de alguna ejemplarísima, fijese cada uno en los casos que conozca de educación en el hogar y verá que, en unos, el exceso de mimo, de halago maternal, la prodigalidad de caricias, el temor de contrariar los gustos, el adelantarse continuamente á las menores necesidades y deseos, da por resultado la formación de hombres afeminados, de mujeres débiles, verdaderas flores de estufa unos y otras, que mueren al primer contacto con el aire libre de la vida, autómatas que necesitan el calor de ajenas energías para moverse y desempeñar su papel. En otros casos verá niños sometidos á una autoridad tan dominante que no es posible nazca en ellos ninguna iniciativa, que carecen de personalidad, con almas de esclavos, dominados siempre por la indecisión, por el temor, inhábiles para conducirse á si mismos, gobernándose mal cuando, libres ya, venga la reacción del antiguo acatamiento y servidumbre. Por muy amplio espíritu que poscan los que dirigen al niño en el hogar, siempre lo acostumbrarán demasiado, á contar con los demás para resolverle dificultades, á no hacer uso en la medida necesaria de sus propias fuerzas.

Cierto que en la familia se está más al abrigo de influencias malas, de ejemplos funestos, se conserva mejor la inocencia, la ignorancia del mal; y si la vida del hombre hubiese de desenvolverse en la familia con exclusión de toda otra esfera me tendria como partidaria este género de educación; pero como no puede prescindir á su tiempo de ingresar en la sociedad, de nada ha de servirle el apartamiento anterior, al contrario, lo priva de una gran norma, el ejemplo, y constituye para él un gran peligro. ¿Quién tiene más probabilidades de no ser atacado por enfermedad con-

tagiosa; el que la conoce y se previno contra ella, ó el que ignoraba su existencia?

Otra razón hay, si no bastaran las expuestas para combatir, (en general y respetando excepciones) la educación exclusivamente doméstica y es que, no hallándonos aptos, capacitados aquí para adoptarla hay que recurrir al *mal necesario* de institutrices extranjeras, salvo todos los respetos á la persona de alguna que pudiera escucharme. Mal necesario he dicho y voy á demostrar la justa aplicación de estas palabras á la *penetración pacífica* que sin protesta de nadie vienen realizando otros países en el nuestro. Carentes de cultura, debilitados físicamente, no tenemos los españoles otro patrimonio que el carácter nacional, desvirtuado en tal forma, suprimido, debiéramos decir mejor, que vivimos ya en la mayor de las desorientaciones. Y nuestro carácter podrá tener y tiene realmente graves defectos, pero á él debimos nuestro antiguo poderío, y mientras lo conservamos en su pureza hemos sido envidiados y no compadecidos. Pues bien, ese distintivo nuestro, ese modo peculiar de ser, bueno ó malo, pero propio al fin, tiende á desaparecer en las que por su posición están llamadas á ser clases directoras del país, á marcarle derroteros, y que traerán el caos por hallarse sometidos al influjo de varias nacionalidades representadas en sus maestros, por falta de unidad dentro de la variedad de educación. Es evidente que el maestro comunica parte de su alma, y no puede infundirla española quien la tiene francesa ó alemana. Esto trae como resultante la falta de amor patrio, el desprecio á lo propio nacido de la admiración hácia lo extraño que se presenta á los educandos con el fuego de la pasión, con la poesía y encanto de lo desconocido, con la grandeza de lo lejano. La misma instrucción se resiente: es natural que cada uno conozca mejor la historia, la geografía, la fauna y flora, mineralogía, literatura de su país y esto perjudica á la inmediata aplicación de los conocimientos. Nada más en cuanto á la palabra *mal* que me parece suficientemente aclarada.

Ahora á lo de *necesario*. Claro está, pena y vergüenza da reconocerlo, que en nuestra pobreza intelectual de la actualidad, pobreza que no atenúan las excepciones, pues la abundancia no está en la suma de caudales sino en su equitativa distribución, claro está, repito, que las personas adineradas se ven compelidas á traer de lejos lo que cerca es raro encontrar. Sería una injuria suponerlos capaces de preferir lo ajeno á lo propio en identidad de condiciones; pero podemos sostener tan mal la competencia que ni derecho hay á quejarse de la humillación que para la mujer española envuelve la importación continua de institutrices de otras naciones. Superémoslas, igualémoslas siquiera y protestemos después si continúa este estado de cosas, que no continuará por razones de patriotismo y hasta de economía.

Cierto que á estas alturas de la civilización no podemos ni debemos encerrarnos demasiado en el círculo de nuestra nacionalidad; el cambio de ideas, de sentimientos, de relaciones exteriores va siendo más necesario cada vez entre las gentes de todos los países y para él hemos de prepararnos, pero entiendo que dentro del universal concierto, cada uno, lo mismo hombres que pueblos, deben conservar su individualidad, su personalidad propia para que haya armonía.

No se me negará que una orquesta compuesta de muchos instrumentos enteramente iguales y tocando al unísono sería la cosa menos artística y agradable.

Yo no dudo de la necesidad cada día más sentida entre nosotros de ventilar, de cambiar un poco la atmósfera en que vivimos, viciada por el polvo de los siglos, y dar entrada al aire puro procedente de las viviendas cercanas, las naciones de Europa; pero opino que esta operación debe ser hecha por españoles para contener la corriente establecida en cuanto fuera tan viva que amenazara matarnos, destruirnos como nacionalidad.

Soy la primera en reconocer la necesidad de institutrices extranjeras, aunque descarta que esa necesidad no se perpetuase por más de un motivo. El

maestro debe estudiar al educando y conocer además el medio para que lo educa, á fin de hacer la adaptación; pues las institutrices de que hablamos no lo conocen y, ó no lo estudian, y en este caso hacen obra falsa, ó si lo estudian pierden en ello un tiempo que la educación debía absorber por entero. Entre el maestro y el discípulo deben establecerse afinidades que no pueden existir entre quienes difieren en raza, en religión y en lenguaje.

Vemos, pues, que la educación en el hogar no conviene si ha de ser integral (porque las ventajas que podrían obtenerse en los aspectos físico é intelectual quedarían vencidas por los inconvenientes de orden moral) ni estamos preparados para darla.

Pasemos á la escuela. *«La escuela—dice un autor—es el correctivo de la vida en familia, la grande, la única iniciadora de la vida en sociedad, la que remedia la distracción del padre y la inexperiencia de la madre en materias de educación, es un manantial copiosísimo de observaciones personales, formadora de valor físico y de sentimientos humanos, de la estabilidad del carácter, de la altivez de derechos y del germen de la emulación y del sentido de la vida.»* En la escuela existen rudimentariamente las luchas sociales, disponiendo al niño para arrostrarlas. Adquiere así el conocimiento del hombre, más necesario que ninguno, aprende á juzgarse por comparación con los que valen más ó menos que él, y se excita su afán de perfeccionamiento, muy pobre si vive aislado; ábrese su corazón al amor de los semejantes, robustécese su inteligencia con el obligado juicio que ha de hacer de cosas y personas, aquilátase su voluntad en contraposición con otras de distinto grado en fortaleza. Está más en armonía, por consiguiente, la educación escolar con estos tiempos de comercio humano y no de retraimiento.

En cuanto al carácter de la escuela por su sostenimiento no es fácil sentar afirmación de si convienen más las públicas ó las particulares. Admitiendo desde luego estas últimas mayor variedad en sus fines y me-

dios para conseguirlos, por gozar de autonomía, se amoldan mejor á las diferentes tendencias educativas sustentadas por los padres, que disponen del arbitrio de elegir educación y forma de darla; en cambio no suele exigirse á los encargados de estos centros garantía alguna de suficiencia fuera de las proporcionadas por el título, y aun esto obedece á disposición reciente no siempre cumplida. A las escuelas particulares se debe un gran beneficio y es sostener competencia muy respetable siempre, con los establecimientos de enseñanza sostenidos por el Estado: «*organizar el monopolio* — ha dicho un pedagogo ilustre — *es organizar la rutina, destruir toda esperanza de evolución y toda probabilidad de progreso.*» En absoluto no basta la iniciativa privada para la educación nacional, ni la pública puede prescindir de su concurso; pero el mayor inconveniente que las escuelas privadas ofrecen y que las oficiales salvan es iniciar desde el umbral de la vida la fatal separación de clases que encarna los más difíciles problemas de la época actual. Las sensibles disensiones con que nos deshonramos todavía pese á la decantada igualdad que tantos predicán y apenas practica nadie, desaparecerían ó tendrían manifestación muy débil y sólo accidental estableciendo la escuela común para ricos y pobres. Los que se creen seres superiores por haber nacido en elevada esfera verían que hay más clases de superioridad que la que da la posición; los colocados en el último escalón de la categoría social se convencerían de que no siempre el encumbramiento es usurpado, sinó merecido por condiciones sólo de cerca apreciables; los odios despertados en alguna ocasión, ya que siendo humanos al odio y á las demás pasiones estamos sujetos, carecerían de la base que les proporciona una separación inveterada, y la fraternidad universal no sería un mito. Y si entre todos es necesario este roce desde la cuna, lo es con mayor motivo en la mujer, puesto que nos encastillamos más todavía en nuestra posición; y las de arriba, por no considerar de su misma especie á las de abajo, y estas por noble or-

gullo y por creer hijo de malos sentimientos lo nacido de la educación, todas vivimos aisladas, evitando todo contacto, á una distancia que únicamente la caridad salva algunas veces.

Es curioso y lamentable el juicio que á los padres merece la escuela pública, precisamente por el retraimiento que de ella observan en los pudientes: pocos se creen exentos, al conducir á su hijo por primera vez á una de estas escuelas, de disculparse por hacerlo; casi siempre sacan á relucir su miseria, el número y clase de sus necesidades para explicarlo. ¿Sucedería esto si no fuese exclusivamente de niños pobres la matrícula? No. Y algo ganara la educación dada en ellas si inspirase más fé y confianza á los padres.

En Suiza, emporio de la cultura europea, y en los Estados Unidos, modelo de progreso y adelantamiento, ningún poderoso siente el escrúpulo de enviar sus hijos á la escuela donde se educa el pueblo, y no ha mucho publicaban los periódicos un hermoso dato; el de que un hijo del Presidente de la República norteamericana recibía educación en una escuela primaria de Washington, á donde concurren modestos niños, hijos de los obreros más humildes. Este es un efecto del verdadero espíritu de democracia que sienten los habitantes de aquellos privilegiados países por habérseles sabido imbuir mejor que por medio de predicaciones desmentidas por el ejemplo; pero también es obra de sus sabios gobiernos que, considerando á la escuela como la primera institución, y á los maestros como á los más importantes miembros del Estado, convierten á aquella en objeto de todos sus cuidados y ponen á éstos en disposición de realizar su misión elevadísima de manera tal, que ningún particular pueda ofrecer las mismas garantías ni inspirar igual confianza. A eso debemos llegar nosotros, para lo cual sería preciso que el país entero se levantase reclamando el empleo de ese resorte, el único suficiente y por desdicha el único que no se ha movido para librarnos de nuestra mortal postración; pero como la ignorancia se halla extendida hasta invadirlo todo, y la ins-

trucción no se pide—como sabiamente dijo Pérez Galdós—sino por los signos de la ignorancia, estamos encerrados en un círculo vicioso del que nos costará mucho salir: los gobiernos sin preocuparse del gran problema ó haciéndolo de un modo puramente teórico, abusando de la calma del país para sufrirlo todo: éste dominado por su abulia é incapacitado para comprender su situación, sin exigir nada de lo que tanto necesita: de modo que si la minoría consciente no se penetra de las obligaciones que le impone su superioridad y no obra pronto y eficazmente de acuerdo con este convencimiento, va á ser cosa de pensar que nuestro mal no tiene cura completa, y de conformarse con los paliativos suministrados de modo que evitan la muerte, pero que no permiten la vida en la amplia acepción de la palabra.

No es sin embargo perfecta la obra escolar sin algunas condiciones cuya falta le resta eficacia. En primer lugar se necesita facilitar idoneidad en los maestros, alcanzada en nuestro país gracias solo al esfuerzo personal y sin ayuda de los obligados á darla; y ellos á su vez requieren dinero, para su mayor perfección, más dinero del que hoy poseen á fin de tener á su alcance periódicos, revistas y libros, para poder asistir á congresos y asambleas donde se debaten asuntos profesionales, para visitar centros de enseñanza donde poder hacer análisis de los medios puestos en práctica y sus resultados; limitación del número de educandos desconocida entre nosotros, que más podemos llamarnos niños que maestros, ya que solo vigilancia y no otra cosa puede exigirse á quien tiene encomendados uno ó dos centenares de niños, aunque sea de madera de apóstoles y de mártires; casas por no decir palacios en lugar de mazmorras llenas de sombra para realizar en ellas labor que es todo luz; prodigalidad mejor empleada que para cosa alguna en material de enseñanza; proporcionar al educador materia en que ejercitar su trabajo: la escuela resulta inútil si no se le da contingente de alumnos razonable en número, pero de asistencia regular y constante. Todos

sabemos lo que ocurre sobre esto en un bendito país donde pululan por las calles á horas de clase multitud de niños iniciados ya en todos los vicios y candidatos á los mayores extravíos, por abandono imperdonable de sus padres y por incuria de las autoridades: si la coacción es necesaria y disculpable en algo, nada la explica mejor que esta rebeldía en someterse á la acción de la escuela. Sobre la libertad de un individuo debe ponerse el bienestar común, y no hay cosa que ataque á este bienestar como la ignorancia y la ineducación. Venga, pues, la enseñanza obligatoria conseguida por todos los medios: de ella hemos prescindido por falsos respetos á la voluntad individual, y así estamos de medrados, y así nos ha ido. En las clases un poco educadas el alejamiento completo de la escuela no existe, pero la asistencia á ella es interrumpida, y basta á ocasionar la falta una indisposición pasajera á veces fugida, y otros motivos más fútiles, cuando no el capricho del mismo niño que acostumbra á oír como cosa corriente, que se le *perdona* la escuela calificando así á ésta de castigo.

A la acción particular puede corresponder en parte muy grande el fomento de amor á la escuela; todos somos culpables de inconcebible indiferencia hacia ella, nunca sentimos estímulo para visitarla, para juzgar de los beneficios que difunde, para dar nuestra ayuda á los que solicitan su reforma. Protegiendo las cantinas, las colonias, las cajas de ahorro y otras instituciones escolares semejantes de carácter benéfico práctico, la escuela ganaría un ciento por ciento de apasionados en los padres y de concurrentes en los niños. Su glorificación, sin embargo, está aun muy lejos: la mayor parte de la generación actual, educada con arreglo á los antiguos moldes, no ve claramente en los nuevos rumbos de la Pedagogía; todo lo que no sea adquirir un conocimiento es considerado como inútil; de nada vale la preparación para recibirlos más tarde. Hablad á la generalidad de trabajos manuales y os dirá que es un medio de perder el tiempo; ponderadles la eficacia educativa

de los paseos y excursiones, de los juegos en la escuela y os contestarán que son pretextos del maestro para su holganza; decidles que hay establecidas enseñanzas tan provechosas como las del canto, de la gimnasia y las lecciones de cosas y os contestarán que nada de eso necesitaron para cumplir su destino. Obra tendrá que ser del tiempo el cambio de ideas.

Por supuesto, que la escuela aislada es impotente, y necesita colaboración de los otros lugares en que se desenvuelve la vida del niño. Si la escuela, el hogar y la parte de sociedad en que vive la familia del educando marchan al unísono, coinciden en sus trabajos, la acción del educador se multiplicará indefinidamente, no cabe duda, y dentro de la variedad que admite toda obra humana se logrará la unidad que como ideal indique el criterio pedagógico más acertado. Es imprescindible la unión de todos los interesados en el bienestar del niño, sobre todo de padres y maestros, para que sus tendencias no sean contrarias y se destruyan mutuamente, poniendo unos y otros franqueza y nobleza en los informes recíprocos: si no es así, el mismo niño tiene que ser informador, y verá en las preguntas del maestro deseo de descubrir é inmiscuirse en secretos de familia, y á las que le hagan los padres encontrarán carácter de las de un juez. Si los padres no apoyan al maestro, más que los intereses de éste ofenden los propios, ya que al confiarle sus hijos resignaron en él los poderes de la paternidad; y si esta renuncia les permite exigir que les devuelvan al niño hecho un hombre instruido y honrado. les obliga también á cooperar en este resultado.

Hablando de la intervención paterna dice el gran pedagogo francés M. Maurice Fleury: *«Soy de los que creen que un padre y una madre de inteligencia clara y cultivada, pueden, deben ser colaboradores discretos y constantes para los educadores de sus hijos y sobre todo en el comienzo de la vida escolar, durante los primeros tiempos en que el discípulo desorientado se aturde, mientras el maestro vacila en presencia de*

almitas que conoce, y que debería tener gran miedo de no comprender más que á medias.

Es muy frecuente que la mujer se abstenga de decidir en el destino de los hijos y desempeñe un papel pasivo de obediencia á lo que el esposo dispone.—¿Que va á hacer V. con su hijo?—No sé todavía, lo que su padre ordene.—¿A quién encomendará V. la educación de su niño?—Yo no intervengo en eso, allá mi marido. Negocio bastante grave es este para no merecer la reflexión de cuantos deban tomar parte en decidirlo, para no ser digno de una discusión dulce y razonada en que todas las opiniones se analicen cuidadosamente, escogitando luego con exclusión del amor propio la más conveniente. De ligero se procede en la mayoría de los casos en asunto tan capital. Retraída la madre y poco reflexivo el padre, se decide, por ejemplo, que el niño ingrese en la escuela, y se elige la que está más cerca, la que exige menos honorarios, la más parecida en procedimientos á la que ellos frecuentaron, la preferida por personas á quien se proponen imitar, aquella en que reina autoridad rígida ó indulgencia exagerada, casi siempre sin fundamentar la preferencia en nada esencial, sino en preocupaciones poco importantes cuando no pueriles. Enterarse á conciencia de las condiciones del maestro, indagar la dirección, el fin á que encamina su obra, ver el local para cerciorarse de su capacidad y demás garantías higiénicas, pocas veces se hace. No se diga después que el niño ingresa; profesor hay que no vió á la familia fuera del día de entrada, que si quiere ponerse de acuerdo con ella para colaborar en la obra de perfección encuentra indiferencia, duro es decirlo, hasta obstáculo.

Es menester desterrar este desapego, este desprendimiento hacia cosas de tal importancia; y el cambio ha de venir de nosotras, de la mujer que debe dejar de ser sujeto pasivo de educación y hacerse sujeto activo en la misma: como dice muy bien Samá, *es injusto y erróneo tener apartada á la mitad de la sociedad de tomar parte en la obra de su propia re-*

dención y luego de la redención común. Montesinos, tal vez el iniciador en España de las corrientes favorables á la educación por la mujer, ha dicho: «Es preciso educar las mujeres, y en mi opinión, que podrá parecer una paradoja, la educación de éstas, importa más al bienestar social que la de los hombres, porque nadie ignora que la madre está especialmente destinada para la educación del hijo en la primera edad por lo menos; precepto solemne de la naturaleza que no se contraviene impunemente. Mientras no se cuente con el entendimiento de las personas que han de dar el primer impulso á las facultades del hombre, del cual resulta de ordinario indefectiblemente marcado el carácter humano, ó mientras se las mantenga en absoluta ignorancia de los medios convenientes de educación, será inútil esperar remedio bastante general y eficaz para contener los males que de este descuido resultan á la sociedad.

Ahora bien, examinémonos sin pasión, y digamos con franqueza: ¿estamos capacitadas, preparadas para realizar esta grande, importantísima y hermosa parte de labor en la regeneración social? Desdichadamente, no. Y como el preso pide ¡libertad! y el ciego suplica ¡luz! nuestro grito continuado debe ser: cultura, cultura y cultura. De las condiciones enumeradas antes como indispensables compañeras de la obra escolar, es á mi ver primordial, esencialísima, la de la cooperación femenina y particularmente maternal; y por lo mismo voy á ocuparme de ella de un modo más detenido, combatiendo con mis débiles armas lo que se opone á esta cooperación: nuestra ignorancia.

Adúcense algunas razones, imaginaciones más bien, para estorbar el legítimo deseo de avance, de progreso, que empezamos á sentir: voy á reseñar las principales y á pretender destruirlas oponiendo á cada afirmación su contraria.

El baluarte más fuerte que derribar entre las mujeres, apegadas á sus triunfos de galantería, es el error de creer que terminará su reinado por la gracia física en cuanto puedan dominar también por la inte-

ligencia. Entre la hermosura corporal y la del alma no será muy dudosa la elección, pero además, la posesión de una de ellas no excluye á la otra, todo lo contrario, y si nos apercibiésemos del aumento de influencia que podríamos obtener con esta dualidad, nos apresuraríamos más de lo que lo hacemos hoy para adquirirla. Por de pronto la mujer ignorante no puede bastar á su marido. Será muy amada, muy respetada; pero llegará un momento en que el esposo necesite ocuparse en algo que no sean las satisfacciones del corazón, muy dulces, sí, pero raramente suficientes para llenar por completo la vida. Y ¿qué sucede entonces? que el marido desea comunicarse con alguien capaz de comprenderlo, y si no es su mujer será otra, ó serán los amigos que irán alejándolo insensiblemente cada vez más del hogar. ¡Qué dolor entonces para la esposa amante verse suplantada, reconocer que no llena la vida de quien es dueño de la suya; ¡saber que en una parte de la existencia de su elegido ella no tiene intervención alguna, y lo que es peor, ni siquiera derecho á quejarse sin exponerse á oír justos reproches. Cuando no existe semejanza entre las aptitudes de los cónyuges surge lo que Dupanloup llama separación de espíritus; donde no existe aproximación de inteligencias no puede ser completa y sobre todo duradera la de los corazones. Vendrá una época en que el encanto de las primeras expansiones desaparezca, en que el atractivo físico deje de existir, en que el carácter se agrie ó por transcurso de los años ó por repetidas desgracias, y entonces ¿que queda en el matrimonio á la mujer más que la superioridad del alma, capaz de conservarle afección tranquila y en la que entren en igual cantidad cariño y estimación? El convencimiento de que no fallan los méritos de este orden da al amor de la mujer una seguridad y una confianza que logran pocas veces las que todo lo fían á los encantos físicos, fáciles de perder. No diré que algún hombre dominado por la soberbia huya de quien pueda competir con él ó aventajarle en ciertos terrenos; pero los sensatos y dignos

jamás podrán sin rebajarse hacer defecto en una mujer de su cultura. Y la opinión de los poco avisados ó de los egoístas ¿que importa? Llegarán á convencerse de que cuando la mujer se haya elevado algunos grados más intelectualmente perderá el hombre quizá una sierva ciega, pero habrá ganado sin duda alguna una compañera consciente y cariñosa, que sin restarle ninguna de las ternuras que es condición esencial de la mujer prodigar, sea capaz de tomar parte en todas las manifestaciones de su vida, pueda ser su confidente y consejera en toda clase de asuntos, y merezca por mayores títulos los privilegios anejos al nombre de esposa y madre.

Otra razón para continuar como estamos en esta rutina, llamada por Rufino Blanco negación de toda iniciativa y de todo progreso, es el temor al ridículo, pero en cuanto á esto podemos atenernos á un pensamiento, sabio como todos los suyos, de la mujer maravillosa y grande sobre toda ponderación, que se llamó Concepción Arenal: *«El ridículo—dice—es como los gases mefíticos de la cueva del perro: no mata sino á los que caminan á flor de tierra; levantemos la vista al cielo y lo dejaremos muy por debajo, respirando en las regiones serenas de la inteligencia.»* Por otra parte, una de las cosas mas perjudiciales para la mujer que demuestra ansia de saber ó que la satisface realmente, es salirse de la regla general, lo que no se le perdona por completo. En el momento en que todas adquiriésemos suficiente cantidad de cultura los prejuicios desaparecerían. Si en la época de mayor ignorancia femenina hubiera vivido alguna de las que hoy poseen una instrucción regular, habría tenido que padecer las consecuencias de su superioridad relativa: mas habiendo adelantado algo las cosas desde entonces, y lejos ya por fortuna de los tiempos en que De Maistre solo autorizaba á las mujeres para saber que Pekín no está en Europa, y otras profundidades por este orden, no son las medianías, son las excepciones quienes luchan con contrariedades y obstáculos. Día vendrá en que iguales todas hasta

donde la igualdad es posible nadie se admire, ni se escandalice de la cultura de una mujer por superior que sea, y entonces pensarán en nosotras con un sentimiento de piedad, análogo al que nosotras dedicamos á nuestras antecesoras, á quienes sin embargo debemos habernos preparado el camino con la evolución tan lenta como segura y firme en su modo de vivir, y el habernos puesto en vías de conquistar por la razón nuestra única fuerza, lo que aún se nos discute pero ya no se nos niega. Esa misma gratitud obliganos á trabajar por las que vengan luego, aunque no tuviéramos fé, que si debemos y podemos tenerla, en alcanzar algo para nosotras mismas.

La adquisición de saber no lleva consigo, como álguien pretende, el abandono de los quehaceres caseros; mejora en el cumplimiento de éstos son sus resultados. *«El ejemplo de Alemania—dice Alfredo Tonnelé—prueba que la vida de familia, la vida doméstica, el hábito de las afecciones verdaderas y sencillas, no excluye la cultura intelectual y la elevación de espíritu en las mujeres, sinó que las desarrolla y las purifica en ellas.»* En efecto; ¿quién cumple mejor su misión con los hijos: la que se avergüence ó moleste con las más sencillas preguntas y tenga que mandarlos callar violentamente para evitar el bochorno continuo de verse humillada, ó la que les sirve de mentor en todo demostrándoles su superioridad sobre ellos á cada momento? ¿Cuál esposa será más y mejor amada de su elegido: la que se concreta á llorar con él en cualquier catástrofe de las innumerables que siembran la vida, ó la que le inspira además una idea salvadora en situaciones difíciles? ¿Qué mujer es más útil en el hogar: la que en la ruina limita su abnegación á disminuir los gastos—cuando ni aun ésto sabe—ó la que encuentra en sí misma medio honroso de buscar ingresos y la satisfacción nobilísima é incomparable de salvar á los suyos con el lucro de su trabajo? Miope voluntario será el que después de unas cuantas consideraciones semejantes á las expresadas insista en creer perjudicada la vida doméstica con la ilustración de la mujer.

Concibese perfectamente la Eva más completa soñada por Martí y Alpera *«que remiende ropas y lea libros, que trabaje en la cocina y tome parte en los asuntos de interés general.»* Esto en cuanto á nosotras las del montón, las innominadas, que en las superiores, las geniales, sería un delito de lesa humanidad imponerles el hogar como único horizonte. Sobre la conveniencia de una familia está la de la sociedad entera y á ella se deben en primer término las que desde la cumbre majestuosa del humano saber, pueden dirigir al bien y á la verdad á los sepultados en las horribles simas del vicio y de la ignorancia. Sabemos que hubo mujeres extraordinarias, ejemplares esposas y modelos de madres de familia, pero, aun no habiendo sido así, ¿habría nadie bastante osado para poner trabas y límites á su genio fundándose en la regla general? ¿Tiene derecho una familia á vincular en sí, á monopolizar todos los bienes que las obras inmortales y el trato de una mujer excepcional repartan profusamente entre todas? Yo creo que no.

Y si aun las desprovistas de cultura hiciésemos en toda ocasión feliz el hogar, todavía podría usarse la conveniencia doméstica como argumento en contra de su adquisición, pero no es así siempre por ser en algunos casos únicos ideales aportados al matrimonio la imposibilidad de bastarse á sí misma, ó el temor de cargar en la edad madura con el calificativo aplicado á las que, ó no tuvieron vocación para un estado que la necesita, ó no encontraron en la realidad un sér conforme con sus sueños. Reducida la mujer que no posee bienes de fortuna y que no se casa á ser siempre carga para el padre ó el hermano que no supieron hacer de ella un miembro útil en la familia por dedicar todos los sacrificios al mejoramiento de los varones, nada tendría de particular que fuera real la figura de la mujer soltera entrada en edad que se nos pinta gruñona y descontentadiza; si fuese verdadera, ¡hechura de todos sería. Se explicaba esto cuando la mujer no tenía más caminos abiertos que el del matrimonio, la miseria y la deshonra; pero hoy que

se le permite también seguir el del trabajo propio, no puede pensarse del mismo modo. Por eso entrando en los nuevos derroteros que la sociedad moderna le ofrece dejará de ridiculizarse y aun de compararse á la que no haya creado un hogar, muchas veces por repugnar á su delicadeza comerciar con la santidad de los afectos inspirados y no compartidos, y al contrario, habrá de ser admirada por haber sabido bastarse á sí misma y quizás apoyar á otros, y por sostener sola las luchas de la vida con alma fuerte y sin ásperas amarguras.

La instrucción, además de ser una conveniencia social, es una necesidad para la mujer: no somos máquinas, seres inconscientes que podamos someternos á las mismas operaciones repetidas constantemente. La mejor mujer de su casa, entregada con gusto y movida por la abnegación que el deber inspira á las indispensables menudencias de la vida doméstica, verá llegar un momento en que sienta rotos los muelles de su voluntad; en que, considerándose con un poco de detención, observe que su vida puramente material no es la que conviene á una criatura inteligente y racional, y de esta convicción ¡qué de dolores no pueden surgir! Si se escudriñara el fondo de muchas almas femeninas, si se estudiaran las causas que llevan á algunas vidas la frivolidad y la disipación, se encontraría muchas veces que consiste en haber dejado improductivas parte de sus facultades, en los vicios de educación defectuosa, en la forzosa compresión de potencias inutilizadas con las que hubieran podido hacer tanto bien. El sabio obispo de Orleans antes citado declara que jamás ha encontrado en el mundo nada más desgraciado y más peligroso en las criaturas humanas, que facultades sofocadas, nobles necesidades no satisfechas, hambre y sed de la inteligencia falta de que alimentarse, y eso tanto por lo menos en las mujeres como en los hombres. Explica por esto el secreto de tantas caídas, de caminos malos y perversos á donde arrastra una ignorancia que no sabe elegir, ni juzgar, ni contenerse; de sufrimientos

incurables en que hay tanta desesperación como rebeldía. Pues bien, tal peligro puede desaparecer elevando un poco más su espíritu, contrapesando la fatiga de operaciones puramente mecánicas con una ó dos horas de trabajo intelectual diario, que á la par que sirva de descanso á los otros quehaceres le dé fuerzas para desempeñarlos, y la ilustre para cumplirlos de modo más inteligente y útil. ¿Que no permite el buen cuidado de la familia sustraerle un par de horas para dedicar al cuidado propio? Si que lo permite, y aun ese cuidado ganaría con ello. ¿No se encuentra tiempo sobrado para invertir en cosas menos útiles aunque más en armonía con la afición de quien las desea?

No debe desanimarnos la modestia de facultades que reconozcamos algunas en nosotras mismas: combatiendo estas timideces, dice un sabio y entusiasta defensor nuestro que *Díos riega las pequeñas flores como los grandes árboles y si aquellas dan menos sombra producen en cambio más perfume.*

Esta necesidad de elevación intelectual no afecta solo á las clases media y superior; á las más humildes de la escala social se extiende. Sobre que la inmensa mayoría de un pueblo la constituyen los pequeños y la influencia de los bienes que estos disfrutan ha de ser mayor que la de los otros en el bienestar común, la mujer de esta esfera es la que más precisada se halla de alimento para su inteligencia. Ni sus medios económicos de vida ni el ambiente en que ha de moverse le permiten refinamientos de cultura que tendría que ahogar y le harían rebelarse contra su condición; pero la misma escasez de recursos para la existencia les exige instrucción para acrecentarlas en lo posible, y utilizarlas del modo más completo; es en su clase donde suele haber más extravíos en las ideas por la perniciosa levadura que en inteligencias ineducadas depositan sin escrúpulo unos que quieren redimirlos y otros que tratan de explotarlos. Para remediar el mal de que están atacados su esposo y sus mismos hijos, es impotente la mujer del pueblo: inca-

paz de pensar porque no se le ejercitó jamás en esta noble ocupación, hecha á ser bestia de carga, y á no hacer uso de las facultades superiores, ó se deja arrastrar por las teorías destructoras del marido, ó gime desesperada en su forzosa pasividad por no saber oponer á las predicaciones del odio otras elocuentes y razonadas del amor, por reconocerse inhábil para contestar á un argumento falso con otro convincente, por no haber adquirido suficiente noción de su dignidad para creer que á lo que los suyos piensan, puede y debe oponer, cuando es erróneo, su criterio acertado y justo. La escuela obligatoria hasta edad conveniente, no durante un tiempo irrisorio para la labor que debe realizarse en él, y el establecimiento de enseñanzas nocturnas para las jovencitas dedicadas ya al aprendizaje de un oficio, bastaría á dar lo necesario intelectual y moralmente á esas pobres criaturas, víctimas de la mayor ignorancia y causantes por ella á su vez de grandes males, alguno de los cuales estudia con gran acierto nuestro distinguido consocio y buen amigo mío D. Emilio Fraga en un folleto sobre *«La falta de cultura como causa de degeneración en la mujer.»*

Y á propósito de esta necesidad de que la mujer tenga ideas propias y sepa razonar en todo, se me ocurre una observación. No reclamó todavía en España el disfrute de derechos políticos y en ese apartamiento de tan importante esfera de la vida nacional la sostienen su propia comodidad y la ambición de los que hoy tienen la exclusiva. No he de discutir aquí, no se asuste nadie, si la sociedad ganaría con su intervención directa en tales funciones — burla burlando creo que dice gran verdad la conocida copla de una de nuestras más populares zarzuelas, — pero lo que no se explica ni tiene disculpa es el gran horror que todas tenemos á esa fatídica palabra: *política*, y sin embargo, el derecho y el deber nos empujan á conocer si quiera lo que se oculta bajo ese nombre: nuestro derecho, puesto que somos gobernadas; y nuestro deber, porque la influencia de que disponemos en la familia

nos obliga á utilizarla en el bien general, y no teniendo juicio propio no podemos intentar la modificación del ajeno.

Estoy oyendola calificación de feminista ¿porqué no declarar que lo soy aunque no revolucionaria? Es el feminismo palabra que asusta generalmente por no dársele su verdadera significación; pero de que exista sólo tienen la culpa quienes negaron hasta aquí los derechos á que aspiran quienes militan bajo sus banderas. Conviene, pues, emplearla poco y hacer la evolución que reclaman los actuales tiempos con hechos y no con palabras, según aconseja una ilustre mujer, María La Rigada.

Ya sé que hablo á convencidas, que cuanto llevo dicho no es más que un imperfecto reflejo de vuestros propios pensamientos, pero no basta el convencimiento de la bondad de una cosa para sacar de ella la utilidad que encierra; á él debe seguir la acción, y esto es lo que nos falta á la mayor parte. Muchas de las que componen el para mí inmerecido auditorio ya marchan por ese camino y en él brillan; sigámoslas por tan hermosa vía pisando con cautela, pero con la firmeza que da la seguridad de saber que otras van delante estudiando el terreno y separando de él todo motivo de tropiezo.

Enamorada de la cultura, humilde y convencida creyente en esa religión que van aceptando uno á uno todos los pueblos y sufriendo en mi condición de mujer y de ignorante el alejamiento de ella, voy á permitirme una indicación á las sacerdotisas de ese culto como conclusión de esto que se anunció como conferencia y no fué más que toque de llamada á la atención para detenerse en pensamientos que la ocupan pocas veces y alocución para proceder de acuerdo con lo que de ese detenimiento resulte. La ilustradísima conferenciante del mes pasado hizo notar muy acertadamente que en la Coruña no existe para la mujer ninguna institución extraoficial de cultura, y yo que sueño con algo de esto hace mucho tiempo y que

de ello hablé en un modesto artículo periodístico, voy á concretar mis deseos.

Yo suplico, en nombre propio y en el de mis compañeras en pobreza intelectual, que Mercedes Tella, miembro notabilísimo de una institución admirable, la Unión Ibero Americana, recabe de sus igualmente ilustres compañeras la implantación aquí de una Escuela de ciencias, artes é industrias para la mujer, algo semejante á lo que dicha distinguida agrupación estableció en Madrid con resultados prodigiosos, y ofreció extender al resto de las provincias españolas. Contando con el apoyo de tan notable coruñesa, y elevando si era preciso un mensaje á la Junta de señoras que dirigen aquella colectividad firmado por las que habríamos de recibir sus beneficios (yo tendria á galardón cerrar con mi modesto nombre la lista de futuras alumnas solicitantes) podría ser realidad hermosa lo que es un esbozo de proyecto. No estoy autorizada para asegurarlo, pero la luminosa historia de esta Sociedad que nos alienta en el afán de redimirnos, consiente esperar que no nos faltaria su generosa ayuda moral y material llegado el caso de solicitarla.

No se pretende hacer de las actuales generaciones femeninas de la Coruña hornadas de sabias; se trataria sí, de hacernos útiles á todas, de dar satisfacción cumplida á las aficiones y facultades de cada una en el terreno científico, en el artístico, en el industrial y sobre todo en el doméstico; de que la que no posea medios de fortuna pueda buscársela dignamente con su trabajo profundizando en una ciencia, adiestrándose en un arte, dominando un oficio, sin necesidad de asistir á las aulas oficiales aun no preparadas para el porvenir que en ellas espera á la mujer y fuera del alcance de algunas por el mayor dispendio de tiempo y de dinero que exigen y lo restringido de sus enseñanzas; sin acudir á un taller insano casi siempre y muchas veces explotador é inmoral; de que la exenta de la ley del trabajo retribuido tenga algo noble y elevado á que dedicar su vida frívola; y sobre todo, de que las mujeres destinadas al hogar sepan hacerlo

amable, ahuyenten de él los males morales y materiales que la ignorancia siembra donde reina y cumplan á la perfección sus deberes de hijas, de esposas y de madres.

Si esta humilde iniciativa mía cayera en terreno propicio—y me atrevo á esperar que sí—daria por bien empleada la herida que mi amor propio sufre esta noche exponiendo á vuestro ilustrado juicio mi desnudez de espíritu, y hasta podré recordar sin remordimiento el mal rato que acabo de daros con mi insípida charla.

HE DICHO.

